

La calle
Diario de un espectador
Álvaro Uribe
por miguel ángel granados chapa

para el viernes 31 de agosto de 2007

Desde que empezó a publicar, en 1980, Álvaro Uribe no ha dejado de estar presente en la escena literaria. Este escritor mexicano, homónimo del presidente de Colombia, ha frecuentado los varios géneros de la narrativa, y ha sobresalido no sólo por la asiduidad de su pluma sino por la claridad y precisión de su estilo. Ayer empezamos a reproducir el preámbulo al ataque de Arnulfo Arroyo al presidente Díaz hace ciento diez años, en su Expediente del atentado y ahora leeremos de qué anticlimático modo culminó:

“En las horas subsiguientes de ese día fatal Arnulfo Arroyo intentaría obsesivamente reconstruir sus actos y las reacciones de los demás. Es indudable que nadie lo había visto ni sentido acercarse. Que sin obstáculos de ninguna especie había llegado hasta el Caudillo. Que, en ese momento y durante una módica eternidad suficiente, lo había tenido por completo a su merced. Que hubiera podido golpearlo en el cráneo con la piedra empuñada en su diestra. Que aprovechando la sorpresa le hubiera sido posible repetir el golpe, quizá varias veces. Que, en pocas palabras, nada fuera de su propia voluntad hubiera impedido que el atentado fuera exitoso y, con un poco de suerte, mortal.

Arnulfo Arroyo no entendía entonces ni entendería jamás qué había fallado. Por qué había fracasado así. Cómo diablos había sucedido que en el último instante se le cayera la piedra. O acaso la dejara caer. O más bien la arrojara al suelo para atacar al presidente de la República a mano limpia. Como un valiente. Como un hombre de veras. Como un perfecto idiota. Con un puñetazo en la nuca cuyos únicos resultados visibles habían consistido en hacer trastabillar al Caudillo y en tirarle de la cabeza el bicornio emplumado. Y, simultáneamente, un grito que hubiera sido viril si su voz hubiera sido la de siempre, pero que por la premura y el esfuerzo le salió disminuido:

¡Muera el dictador!

De ahí en adelante las acciones y reacciones se sucedieron aun más caóticamente. Apenas barruntó que atacaban al Caudillo, uno de los miembros de su escolta, con insignias de general de brigada, había fracturado en dos su bastón de mando al descargarlo con fuerza imparable sobre la frente del atacante. Acto seguido, otro general, de división según las apariencias, le había dado un certero puñetazo en la boca. Por último un civil con iniciativa propia, cuyo vientre desaparecía bajo un grueso cinturón de cuero como los que usaban los cargadores, había arremetido contra el maltrecho Arnulfo Arroyo, al que jaló por la cabellera hasta hacerlo caer al suelo donde, a horcajadas sobre él y empuñando un cuchillo que debía haber sacado de su faja, estuvo a punto de apuñalarlo.

Otros militares de rango inferior intervinieron entonces para salvarle la vida a quien presuntamente había querido quitársela al presidente de la República. Actuando de consuno, como si hubieran ensayado sus movimientos, un coronel y un teniente coronel, a juzgar por sus uniformes, sujetaron al individuo que parecía cargador, lo desarmaron, lo obligaron a soltar a su presa y lo pusieron en manos de un oficial subalterno que se lo llevó de ahí enseguida. El rescatado no mostró sin embargo la menor gratitud. Por el contrario, al verse libre del vengador acaso espontáneo que buscaba acuchillarlo, Arnulfo Arroyo tomó uno de los restos del roto bastón con que lo había golpeado el brigadier y blandiéndolo como una pica se abalanzó hacia el Caudillo (pero su) embestida fue tan torpe que el mismo general que le había pegado en la boca tuvo tiempo de interponerse y recibir en el antebrazo izquierdo el golpe presumiblemente dirigido al Presidente de la república, Después los otros militares...saltaron sobre él y en una rápida maniobra conjunta lo redujeron a la impotencia”.